

La leyenda

Ahora lee esta leyenda y responde a estas preguntas:

- ¿Quién es el autor de esta leyenda?
- ¿De qué trata?
- ¿Qué intención tiene?
- ¿Dónde y cuándo ocurre la historia?
- ¿Quiénes participan?

Skiold, el rey venido del mar

Antaño, el país de Dinamarca estuvo largo tiempo sin soberano y nadie respetaba en él las leyes; los señores hacían la guerra y vivían de rapiñas, y lo que ellos dejaban iba a las manos de los salteadores de caminos. [...]

Un día, los habitantes de la ribera vieron aproximarse por el mar una soberbia nave. De lejos, se distinguía la figura de dragón tallada en su proa y la vela de escarlata sujeta a su alta arboladura. Un viento rápido la impulsaba hacia tierra. [...] Llegó hasta tocar en la arena, pero de ella no bajó ningún marinero, ni se dejó ver rostro alguno, y la vela pareció recogerse por sí sola.

De los pueblos de la costa acudieron los pescadores; todos abandonaron su tarea: aquellos que reparaban los desperfectos de las embarcaciones dañadas por las olas, aquellos que hacían los nudos de las pesadas redes, aquellos que meditaban, a puerta de sus cabañas, sobre la brisa del día siguiente, y aquellos que, volviendo a puerto, cargaban sus cuerpos sobre los remos, mientras sus barcas se deslizaban con la ligereza de las aves marinas.

La multitud estupefacta contempló la nave desconocida; nunca, en el transcurso de las expediciones más temerarias, se habían encontrado con una nave tan magnífica; nunca nada semejante había salido de las brumas del Norte. Los jóvenes abrían los ojos asombrados y prorrumpían en exclamaciones, mientras los viejos, aquellos que durante cincuenta años habían vivido zarandeados por el oleaje y mostraban una piel mil veces arrugada por el aire del mar, movían gravemente la cabeza y no decían palabra. Y algunos que habían navegado hasta las playas de Inglaterra, o incluso, con peligro de sus vidas, hasta la Islandia siempre envuelta en niebla, rebuscaban en vano en el fondo de su memoria una imagen comparable. Pero ninguno de ellos se atrevía a acercarse y siguieron así hasta que fue noche cerrada. [...]

—¡Ay!, decían, ¿qué país nos envía esta nave sólida y bien armada, cuyos costados albergan, sin duda, a numerosos enemigos? Nada bueno nos viene del mar; la vista de velas extranjeras solo es señal de pillaje y devastación: mañana la muerte y el fuego se esparcirán por nuestros campos. [...]

Al tercer día, en todos los caminos se levantaron columnas de polvo, que precedían a guerreros montados en caballos que echaban espumarajos por la boca. Los campos se llenaron de cascos de bronce, de lanzas, de mantos ondeantes.

Las gentes huían aterrorizadas ante el torbellino, pues los corceles bravíos golpeaban con el pecho a aquellos que eran demasiado lentos en apartarse y los arrojaban al

polvo. [...] Los guerreros pusieron pie en tierra y clavaron ávidas miradas sobre la nave, pues se veían relucir al sol las placas y las incrustaciones de metal, y brillar el cuerpo del dragón revestido de oro. Los ojos de este eran piedras preciosas y su lengua, de tres pies de largo, era de oro rojo. [...]

—¡Quienesquiera que seáis, desembarcad y haced frente valerosamente a los hombres de Dinamarca; la arena es buena para la batalla, es suave para el que cae y embebe la sangre de las heridas! ¡Oponed vuestras espadas y vuestras hachas a las nuestras, y comprobad si las armas de oro vencen al hierro! Os amortajaremos en vuestros mantos de escarlata y levantaremos sobre vuestros cadáveres altos túmulos de piedras, si morís como valientes, si no parpadeáis ante el relampagueo de la espada.

Pero no recibieron respuesta alguna. Entonces lanzaron injurias, mofas y sarcasmos; tensaron sus arcos, cogieron sus flechas y rociaron de saetadas el casco sonoro. Por fin, el ardor de la lucha arrastró a los valientes. Blandieron sus hachas, saltaron la borda profiriendo grandes gritos y he aquí lo que vieron:

Al lado del mástil, acostado sobre una alfombra de seda, dormía un niño; una gavilla de trigo le servía de almohada y un estandarte dorado ondeaba sobre su cabeza. [...] Cuando los guerreros descubrieron las maravillas que había dentro de la nave y vieron al niño durmiendo sobre la gavilla recién segada, se detuvieron estupefactos y suspensos. Y comprendieron al instante que los dioses favorables enviaban esa nave en señal de paz y como presagio de prosperidad y de gloria.

Se arrodillaron entre los tesoros, levantaron al niño con sus manos rudas, ahora temblorosas, lo alzaron sobre un pavés y, paseándolo entre la multitud, que lanzaba exclamaciones de júbilo, lo llevaron hasta el lugar del Consejo. Allí, lo proclamaron rey de Dinamarca y lo llamaron «Skiold», que quiere decir «escudo», en recuerdo de las armas que lo habían acompañado en su viaje y a fin de que se convirtiera en defensor del país.

Anónimo, *Skiold, el rey venido del mar*, *Cuentos de los vikingos* (extraídos de las antiguas sagas) (fragmento adaptado).